

NOE CASADO DÍMELO AL OÍDO



UNA
COMEDIA
ERÓTICA MUY
GAMBERRA

Dímelo al oído

Noe Casado

Esencia/Planeta

© Noemí Ordóñez Casado, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Polylimpopo – Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: febrero de 2017
ISBN: 978-84-08-16555-2
Depósito legal: B. 584-2017
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. A.
Printed in Spain – Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Lo primero que vio Owen cuando se abrió la puerta de la grúa que había llamado fue lo que menos esperaba: unas piernas espectaculares. De esas que, por desgracia, últimamente sólo podía ver en fotos, pues su trabajo apenas le dejaba tiempo libre para acudir a actos sociales donde poder apreciarlas en vivo y en directo.

Lo segundo, una no menos espectacular melena rubia recogida en una descuidada coleta. Una anomalía más en aquella nefasta jornada.

Por un impulso ridículo y extraño, había pedido un coche en el hotel donde se alojaba y, sin preguntar a nadie, se había lanzado a la aventura. O, al menos, eso era lo que pensaría cualquiera que lo conociera, pues rara vez, por no decir ninguna, hacía algo semejante.

Atendiendo a una inexplicable reacción impropia de él, y hastiado de tanta reunión, había optado por salir sin tener muy claro el rumbo que debía seguir, más aún al encontrarse en una localidad desconocida por completo. Pero, dejando a un lado toda lógica, había pedido en recepción un vehículo para darse el capricho y, por supuesto, allí no le habían puesto ninguna pega.

Nunca conducía, era una pérdida de tiempo que no podía permitirse; para eso estaba su chófer. Sin embargo, en ese viaje había prescindido de los servicios de Arthur, ya que éste le había pedido unos días libres para asuntos personales. Podría haber buscado un reemplazo, pero le costaba eso de confiar en un extraño, por lo que había decidido viajar solo.

Craso error.

Lo cierto era que, tras una maratónica y frustrante semana de trabajo, necesitaba tomar el aire, cosa que podría haber hecho si se hubiera limitado a subir a su suite, salir a la terraza, sentarse en una de las tumbonas y dejar que la brisa del mar le despejara la mente.

Pero no, se había comportado de forma irresponsable, aventurándose a circular por carreteras secundarias de una localidad dejada de la mano de Dios.

Había llegado a San Pedro del Pinatar hacía tres días, una población costera en el sur de España, en donde tenía que ocuparse de la compra de una entidad bancaria con serios problemas: una caja de ahorros en quiebra a precio de ganga. Pero, para ello, primero debía salvar unos cuantos escollos, y no sólo económicos.

Había acabado con la cabeza como un bombo, y de ahí que se hubiera arriesgado a salir sin pedir un mapa siquiera. Y, había que reconocerlo, perderse entre tanta urbanización era bien fácil. El navegador instalado en el coche le marcaba con más o menos precisión su ubicación y, dando más rodeos de lo que a buen seguro era necesario, terminaría regresando al hotel.

Eso sí, bastante más tarde de la hora que tenía prevista.

Pero como las desgracias nunca parecen venir solas, el coche, un práctico Fiat 500 descapotable, cortesía del hotel, se había quedado parado sin motivo aparente junto a un campo cubierto de plásticos. Para una vez que se dejaba de convencionalismos, terminaba tirado en una carretera. Owen no estaba hecho para salirse del guion.

Hacía mucho que no se salía de él y, dadas sus desastrosas consecuencias, lo más probable era que no volviera a tropezar en la piedra de la improvisación. A su edad no eran buenos los cambios, bien lo sabía.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Astrid, la dueña de las piernas de escándalo, acercándose a él, que permanecía apoyado, con cierto aire indolente y también de hastío, en el capó del coche a la espera de solucionarlo todo cuanto antes.

Se incorporó, no por cortesía, sino por una mera cuestión práctica, para dar las indicaciones precisas y poder olvidarse de aquel lamentable incidente.

En ese instante se acordó de su chófer, al que siempre tenía disponible y a quien, por «cuestiones personales», había permitido quedarse en Londres, pues él no tenía pensado salir del hotel, ya que había ido allí a trabajar, no de vacaciones.

Owen desconocía el significado de la palabra *vacaciones*.

—¿No es obvio? —respondió con ironía en un perfecto castellano, señalando el vehículo.

Sólo le faltaba, para rematar la jugada, que tuviera que aguantar a una graciosa. ¿Había alguien que llamara a la grúa por vicio?

Sin embargo, tampoco podía aseverarlo, pues era la primera vez que lo hacía.

La mujer parpadeó un instante ante su tono seco y desagradable, ya que sólo había intentado mostrarse amable, pero como de todo se encuentra una en la viña del Señor...

—Pues nada, manos a la obra —comentó alegre sacando unos gruesos guantes y un chaleco reflectante para dirigirse a la parte trasera de la grúa.

Por desgracia, estaba acostumbrada a soportar a todo tipo de clientes, desde los más amables hasta los más impertinentes y, por lo visto, aquel tipo pertenecía a esa última categoría.

Owen observó a la rubia de ojos azules. Altura estimada: uno setenta y cinco; proporcionada, buenas curvas, pantalón vaquero corto y deshilachado difícil de catalogar e inapropiado para realizar una actividad tan, *a priori*, poco femenina, y una camiseta deforme con la leyenda «GRÚAS GONZÁLEZ».

Bueno, el caso es que le traía sin cuidado si era una mujer, la Pantera Rosa o Superman quien le solucionaba la papeleta. Eso sí, nadie podía decir que al menos no resultaba agradable a la vista.

¿Quizá una distracción para disimular su falta de profesionalidad?, pensó con cinismo, pues en ocasiones se había encontrado a secretarías de físico espectacular pero de estupidez monumental y, claro, cuando se trataba de hacer las cosas bien, no admitía distracciones de ningún tipo.

—¿Me permite levantar el capó y echar un vistazo? —inquirió ella deteniéndose junto al coche.

—¿Para qué? —repuso Owen empezando a impacientarse.

Ella lo miró sin perder la sonrisa; era un cliente, ya lo pondría después a caer de un burro, ahora tenía que aguantar el tirón. Tal y como estaban las cosas, como para darse el lujo de perder un servicio. Su hermano la mataría, sometiéndola a terribles sufrimientos.

—Por curiosidad —murmuró entre dientes, aunque añadió ya en tono audible—: A veces, la avería se puede arreglar *in situ*.

—Como quiera —indicó Owen con cierto desdén.

Si a ella le hacía ilusión..., ¿quién era él para quitársela?

Miró su reloj y se apartó para que abriera la puerta, buscara bajo el volante la manija que desbloqueaba el capó (eso le permitió tener un estupendo primer plano de su trasero), se incorporase (con agilidad, todo había que decirlo) y encontrase (a la primera) el tirador delantero. Sin titubear, alzó luego el capó, colocó la varilla de seguridad y se inclinó hacia adelante para echar un vistazo al motor.

—Está anocheciendo —comentó Owen en un tono sospechosamente indiferente, sin perder detalle. Toda la escena resultaba surrealista, o parecía la penosa falsificación de una película porno de baja calidad.

Ella mantuvo la sonrisa y no le respondió de forma contundente ante tal despliegue de mala educación.

—¿Cuándo pasó la última revisión? —preguntó en su faceta más profesional.

—¿Cómo dice? —replicó él mirándola, sin entender a santo de qué le hacía esa pregunta. ¿Qué le importaba a ella su estado de salud?

—El coche —le aclaró por si acaso.

El hombre sería un impertinente, pero al menos no era difícil de ver. Lo cierto era que su aspecto no sólo era pulcro (eso podía conseguirse, además de duchándose con regularidad, llevando la ropa limpia y planchada), sino que además parecía tener el riñón bien cubierto. Hay gente que, aun vistiéndose con ropa barata, da el pego, y viceversa, pero ése parecía llevar en ropa el equivalente al presupuesto familiar de tres meses (o más) de mucha gente. La camisa, por ejemplo, tenía las arrugas justas, y eso no se consigue comprando en *outlets* o cadenas textiles de bajo coste.

—Ah —respondió él.

Ella negó con la cabeza e, inclinándose de nuevo sobre el motor, se puso a comprobar su estado.

De nuevo Owen recurrió a un pensamiento de lo más sospecho-

so: «Deben de mandar a rubias ligeritas de ropa para mantener contentos a los clientes y así ocultar que como empresa son un desastre», ya que no llegaba a comprender para qué revisaba el coche. Quizá seguía un protocolo establecido para esos casos o vete tú a saber por qué, pero lo cierto era que aquello era una pérdida de tiempo.

—Me parece que vamos a tener que llevarlo al taller: una de las correas se ha roto y afecta al sistema de refrigeración. En estos coches, por seguridad, la centralita bloquea la inyección para que el usuario, aunque sea un cafe y haga caso omiso de la advertencia en el panel de mando, no termine cargándose el motor —explicó la mujer, ocupándose al mismo tiempo de cerrar el capó.

De haberle dicho que tenía estropeada la *trócola de embroque de la ballesta de la transmisión hidráulica*, él habría puesto la misma cara. En ocasiones como ésa, la tentación de tomarle el pelo a un cliente era muy fuerte, en especial cuando se combinaba la impertinencia con la ignorancia.

Owen, que nunca se había molestado en aprender mecánica, a pesar de tener una considerable flota de vehículos, se dio cuenta de que la mujer al menos no había inventado palabras y que parecía sincera al mencionarle la posible causa (él nunca daba por hecho nada sin comprobarlo antes) de la avería.

—¿Y bien? —preguntó esperando a que ella hiciera su trabajo, es decir, remolcar el dichoso Fiat 500, y que acabase de una vez. No hacía falta tanta cháchara.

Había oscurecido y quería regresar cuanto antes a su suite en el hotel Hispania Costa Cálida, darse una ducha para quitarse aquella sensación pegajosa y olvidarse del jodido utilitario, de las mecánicas rubias, de las carreteras secundarias, y quedarse dormido con el zumbido del aire acondicionado como única compañía.

—Voy a engancharlo al remolque y me lo llevo al taller. Allí puedo ponerlo en el elevador y cambiar la correa. ¿Se aloja cerca?

—¿Usted va a cambiarla? —preguntó Owen.

Enseguida se dio cuenta de que había ofendido a la rubia, en especial por su marcado tono escéptico. Además, estaba siendo desconsiderado, ya que ella le estaba ofreciendo una solución competente.

—Bueno, de pequeña tuve la Barbie mecánica... —replicó la chica mosqueada.

Estaba hasta el moño de la típica pregunta. De acuerdo, no había estudiado mecánica, pero viviendo con un padre y un hermano que regentaban un taller, algo había aprendido.

—Lo siento, no quería ofenderla —se disculpó él con rapidez, y decidió cerrar el pico. Si su madre se enteraba de que trataba así a una mujer, lo agarraría de las orejas, le daría un buen tirón y, además, lo castigaría sin postre.

—Disculpas aceptadas —mintió ella, porque no merecía la pena enzarzarse en una absurda discusión, y menos aún con un cliente.

Se ocupó de enganchar debidamente el vehículo para después mover la palanca de la grúa e ir subiendo el Fiat a la plataforma, donde, una vez posicionado, lo ancló con los arneses de seguridad y comprobó que todo estuviera perfecto, tal y como su padre le había recalcado cientos de veces. Por último, se quitó los guantes y los dejó en su sitio.

—¿Nos vamos? —le dijo señalándole la puerta del acompañante de la grúa.

—¿Perdón? —preguntó Owen, que nunca lo reconocería, pero se había quedado embobado viendo trabajar a la chica.

—Al taller —le indicó ella con amabilidad.

—¿Al taller?

—Allí es donde tengo las herramientas. Aunque, si lo prefiere, puede llamar un taxi y que lo recoja. Me anoto su número de teléfono y, cuando esté listo el coche, lo aviso y viene a buscarlo.

Dos cosas se le pasaron por la cabeza a Owen de forma simultánea. La primera: ni loco iba a quedarse allí solo, muerto de asco, esperando un maldito taxi, y la segunda: «¡Qué forma tan extraña de que una rubia me pida el número de teléfono!».

—Prefiero ir ahí —accedió a regañadientes señalando la grúa, y se dio cuenta de que su aventura en solitario iba a adquirir un cariz extraño, ya que ésa iba a ser la primera vez que montara en un artefacto semejante. No desconocía su existencia, desde luego, pero nunca imaginó tener que subirse a uno.

La chica arrancó y, tras echar un vistazo por el retrovisor por si llegaba algún otro vehículo, se incorporó al tráfico. Owen miró al frente por puro instinto de conservación, evitando comerse con la vista las piernas de la conductora y soltar alguna estupidez, porque con la tontería podía venirse arriba o, lo que era peor, animarse y terminar poniéndole la mano encima para comprobar si eran tan suaves como aparentaban.

Sin desviar los ojos de la carretera y admitiendo en silencio que la mujer no conducía mal, ni de forma temeraria ni nada por el estilo, se cruzó de brazos y empezó a elaborar teorías, como, por ejemplo: ¿cómo había terminado una chica de aspecto nórdico en aquella localidad? Hablaba castellano a la perfección, por lo que no era una recién llegada. Aunque, bueno, él pisaba aquellas tierras por primera vez y también se manejaba bien con el idioma. En su caso, la explicación resultaba bien sencilla: Marisa, su madre, era española.

La siguiente hipótesis, puesto que a la primera no le encontraba respuesta, fue respecto a la edad y el estado civil de la susodicha. Así, a ojo, calculó que debía de estar sobre los treinta y, al no llevar anillo, dejó en blanco la otra casilla.

—Ya hemos llegado —señaló ella.

Absorto como estaba en sus informes mentales, Owen no se percató de que la chica había detenido la grúa frente a unos portones metálicos. Levantó la vista y vio el letrero de «GRÚAS GONZÁLEZ».

La rubia (a la que pensó que debía preguntar el nombre para saber cómo dirigirse a ella) los abrió y volvió a subirse al vehículo para meterlo dentro. Lo hizo con mucha precisión, y una vez más Owen tuvo que admirar su pericia al volante. Ni un rasguño.

Increíble pero cierto.

De nuevo lo dejó estupefacto cuando le abrió la puerta para que bajara. Se sintió extraño, pues generalmente eran los hombres quienes se ocupaban de hacerlo.

—Vamos primero a la oficina —le indicó ella, señalándole el camino.

Astrid emprendió la marcha y, a su paso, fue encendiendo las luces para que él no tropezara con nada. Allí estaban los coches pen-

dientes de reparar y, al final, junto a la oficina, el viejo Mercedes descapotable que su hermano había comprado por dos pesetas y media con la idea de arreglarlo en su tiempo libre y poder venderlo a algún guiri nostálgico y ganarse un dinero, pero entre el trabajo, el servicio de grúa, el precio de los repuestos y demás quehaceres, allí estaba, acumulando polvo. Eso sí, tenía más kilómetros que la maleta del Fugitivo, aunque eso también podía arreglarse.

Sacó las llaves y abrió la cerradura de la oficina invitándolo a pasar.

Sin embargo, él le cedió el paso, y ella se encogió de hombros.

Una vez dentro, Astrid le señaló una silla y ella se acomodó tras el escritorio, que, la verdad, necesitaba que alguien lo ordenara. Owen, amante acérrimo de la organización, disimuló su desagrado y se sentó. Esperó a que se encendiera el ordenador, y se mordió la lengua porque al menos se había saltado cuatro actualizaciones de Windows, a juzgar por el logo que aparecía en la pantalla.

Como aquel cacharro iba a necesitar su tiempo, miró a su alrededor y parpadeó.

Entrecerró los ojos. ¿De verdad alguien podía colgar pósteres como aquéllos en la pared?

¿Cómo era posible que aquella modelo con un biquini minúsculo pudiera estar cerca del orgasmo mientras agarraba un tubo de escape cromado?

«Por Dios, qué mal gusto», se dijo.

Y ése no era el único. La pared estaba cubierta con todo un despliegue de fotos horteras..., a cuál más difícil de entender. Una morena de infarto semidesnuda, acostada sobre unas impresionantes llantas de diecinueve pulgadas; otra mujer con tan sólo el chaleco reflectante, mostrando su trasero respingón y lo que venía siendo un parachoques...

Y, para rematar entre tanto mal gusto, una rubia operada por veinticinco sitios, recostada encima de unos asientos ergonómicos, que por lo visto no lo eran tanto, pues es imposible adoptar una postura así y estar cómoda.

La chica se percató de lo que él miraba con tanta atención y

puso cara de disculpa. Había tenido sus más y sus menos con Axel por aquel asunto.

—Son cosa de mi hermano, ya sabe..., por seguir la tradición.

—¿La tradición?

—Se supone que la mayoría de nuestros clientes son del género masculino. Pero no se preocupe, también tenemos un rinconcito para nuestras clientas. —Con un gesto de la barbilla, señaló la pared detrás de él. Allí, Astrid había aplicado, a su conveniencia, el dicho «Si no puedes vencer a tu enemigo, únete a él».

Owen se volvió curioso, pasando por alto el rechinar de la vieja silla, y se quedó estupefacto. Si las fotografías de los repuestos con chicas desnudas eran para salir de allí pitando, lo que ahora tenía delante de sus ojos era para abandonar el país: una serie de tíos sin ropa sosteniendo diversos accesorios para el mantenimiento del automóvil, o medio desfallecidos (algo incongruente, si se observaban sus bíceps) sobre capós abrigados. No faltaba un bombero, manguera en mano, dispuesto a apagar «fuegos».

Para evitar que su vista quedara irremediadamente dañada, se volvió de nuevo y decidió que, puestos a elegir, se quedaba con el mal menor, es decir, con las chicas.

Ahora, por mucho que mirase, no le apetecía para nada adquirir unas llantas de diseño, ni mucho menos cambiar el tubo de escape.

—¿Me deja su documentación? —indicó Astrid sonriendo al ver el apuro del hombre. No era el único, pero, debía admitirlo, seguía divirtiéndose como la primera vez. Ninguno se esperaba algo así.

—Por supuesto —accedió él en tono cordial.

Se la entregó, y ella, oh, sorpresa, comenzó a teclear con total profesionalidad.

Owen reconoció en silencio que esperaba una torpe imitación de secretaria y, como no podía poner ninguna objeción a su trabajo, se limitó a observar sus manos, que lo mismo te reparaban un coche que te rellenaban un impreso para el seguro.

Ella, ajena a toda esa especulación mental por parte del cliente, fue ocupándose del tema burocrático. Disimuló como pudo su sorpresa al comprobar la nacionalidad del tipo, ya que en todo momento se había dirigido a ella en un perfecto castellano. Por su do-

cumentación, supo que vivía en uno de los barrios más exclusivos de Londres, y que, por tanto, no podía catalogarlo como un guiri deseoso de pasar quince días con la pulsera de un «Todo incluido» dispuesto a beberse hasta el agua de los floreros.

—¿Está asegurado a todo riesgo? —le preguntó devolviéndole sus documentos.

—Ni idea, es de alquiler —respondió él con la actitud propia de quien poco o nada le importa. Lo cierto era que todo eso del papeleo le parecía una pérdida de tiempo, ya que, por norma general, de éste se ocupaban las secretarias, no él.

—Pues entonces tendré que contactar con ellos.

—Muy bien —adujo con ganas de terminar con aquello y regresar a su hotel.

La mujer descolgó el teléfono para hacer las pertinentes comprobaciones mientras lo observaba de reojo. «Un guiri con clase», pensó mientras esperaba la confirmación de la aseguradora.

Una vez terminado el proceso, le entregó una copia del impreso de depósito del coche y le señaló dónde debía firmar. Owen cogió de mala gana el bolígrafo corriente que la chica le ofrecía y cumplimentó la tediosa tarea.

—Si me acompaña, señor Boston... —Astrid abrió un pequeño armario, de donde sacó unas llaves—. Le entregaré un coche de sustitución, salvo, claro está, que prefiera esperar un taxi.

Él se levantó también y juntos se acercaron hasta una puerta metálica. Owen, siempre atento, caminó un paso por detrás de ella. Sus motivos no podían calificarse de tan educados como podrían parecer, ya que, por puro instinto masculino, deseaba recrearse la vista con su retaguardia. Después de tanta estimulación visual con los repuestos automovilísticos, ¡qué menos!

Una palabra le vino a la cabeza: *excelente*.

Seguramente dentro de dos horas ni se acordaría de ese incidente, pero ya que se había aventurado a salirse de su rutina, al menos podía enterarse del nombre de la chica.

—Disculpe —murmuró a su espalda con las manos en los bolsillos—, pero me gustaría saber a quién debo agradecer todo esto.

—Ah, perdón —dijo ella mirándolo por encima del hombro,

y terminó por volverse—. Astrid González, mucho gusto. —Se limpió la mano en el pantalón y se la ofreció.

A Owen le pareció curioso: el nombre iba a juego con su aspecto nórdico; ahora bien, el apellido desentonaba.

Le estrechó la mano. Podría haberlo hecho de la misma forma impersonal que siempre adoptaba cuando recibía visitas en su despacho por motivos de trabajo; sin embargo, sostuvo unos segundos de más la mano de Astrid.

Ella puso cara de circunstancias y recuperó su mano para ocuparse de nuevo de sus obligaciones. Seleccionó una de las llaves del llavero y la metió en la cerradura. Luego rezó en silencio para que abriera a la primera.

No hubo suerte.

—Maldita sea —masculló tirando de la manija para ver si con cuatro meneos bien dados se desbloqueaba—. Ábrete, joder...

—¿Ocurre algo? —preguntó él a su espalda. Puede que su tono fuera de lo más sereno, pero la verdad era que estaba impaciente.

—No, nada —mintió ella, sabedora de que la jodida cerradura llevaba hecha una mierda bastante tiempo.

Ya se lo había advertido el cerrajero la última vez que había ido, y también le había dado un presupuesto para cambiarla, pero como siempre andaban justitos de dinero, pues lo habían dejado pasar, y precisamente ese día se estropeaba, dejándola con el culo al aire delante de un cliente importante, de esos que, si la compañía aseguradora llamaba para hacer una encuesta de calidad, podían puntuarla por lo bajo.

Astrid refunfuñó, le dio una patada a la puerta e intentó por todos los medios que la llave girase, pero no hubo manera. La condenada seguía inmóvil.

—¿Problemas? —preguntó él en tono irónico.

—Una forma educada de expresarlo, desde luego —repuso ella entre dientes. El hecho de que él estuviera detrás, con esa aparente calma, no ayudaba mucho, la verdad.

—¿Por qué no llama a un cerrajero?

—Gracias por la sugerencia —respondió mirándolo por encima del hombro.

Como si a ella no se le hubiera ocurrido antes.

Forcejeó de nuevo con la terca cerradura, pero con igual resultado. Tenía que conseguir abrirla para acceder al garaje donde guardaban los coches de sustitución y, a ser posible, antes de que les dieran las uvas.

Astrid respiró e intentó pensar en una solución a corto plazo.

—Voy a por un poco de lubricante —indicó al recurrir a lo único que le vino a la cabeza.

Owen no perdía detalle. La mujer lo estaba pasando mal, y la puerta tenía un aspecto lamentable. No era de extrañar que permaneciera cerrada. Sin duda, allí el mantenimiento brillaba por su ausencia. Un síntoma de incompetencia que él, en su trabajo, jamás toleraría.

Astrid regresó con un espray en las manos como si fuera el remedio milagroso y, tras agitarlo, se dispuso a utilizarlo.

—¿Puedo ayudar en algo? —inquirió él, dando a entender que era una mera fórmula de cortesía y que prefería no tener que mancharse las manos.

—No, ya me encargo yo —respondió ella fingiendo una sonrisa. Al día siguiente llamaría al cerrajero, se pusiera como se pusiese su hermano.

A pesar de ver el apuro de la joven, Owen dio un paso al frente para no perderse detalle. Permanecería con las manos en los bolsillos, ya no tenía sentido mostrarse impaciente y, puesto que iba a cenar más tarde de lo habitual, al menos se distraería con el proceder de la chica. Una actitud ligeramente perversa, pero no tenía otra cosa mejor que hacer.

Astrid agitó de nuevo el espray con brío, demostrando un buen movimiento de muñeca, y luego posicionó la cánula en la cerradura. Que él estuviera pegado a su costado no ayudaba, pero tampoco podía mandarlo a paseo. Respiró y presionó el botón.

No pasó nada.

Repitió todo el proceso otra vez: agitar, posicionar y pulsar...

«Joder, qué movimiento de muñeca —pensó él sin perderse detalle y viendo el lado pervertido de todo aquello—. Demasiado tiempo delante del ordenador», se dijo a continuación.

—¡Mierda!

—¿Me permite probar?

Owen, que no estaba muy versado en eso del bricolaje, se atrevió por el simple placer de hacerlo. Ella se encogió de hombros y se hizo a un lado, dejando que lo intentara con la confianza de que obtendría idéntico resultado.

Total, mientras, podía ir buscando el teléfono del cerrajero para ganar tiempo, porque la jodida cerradura no tenía pinta de abrirse así, por las buenas.

Él se inclinó y, divertido ante lo que constituía toda una novedad, apretó el pulsador del spray. Astrid estuvo tentada de restregarle su fracaso por el morro, aunque por prudencia se mantuvo callada. Owen, picado en su amor propio, se concentró y presionó para ver si el jodido producto salía de una vez.

Y salió...